

Verde agua, *Marisa Madieri, posfacio de Claudio Magris, Traducción de Valeria Bergalli, Minúscula, Barcelona, 2000, 203 pp.*

Madieri (1938-1996), narradora italiana nacida en Fiume, llevó este diario entre 1981 y 1984. Tiempo atrás había sido tratada de un tumor que, a la vuelta de los años, le provocaría la muerte. En escenas rápidas, alterna observaciones actuales con la evocación de su niñez y su adolescencia, el análisis de sus familias, el éxodo de los fiumanos al terminar la guerra, en 1945, y ocupar Yugoslavia aquella tierra natal.

A la vez, Madieri va contando, con sensible distancia y emoción contenida, la muerte de algunos seres queridos. Observa las muertes ajenas como un proceso pedagógico de la muerte propia, cumpliendo con el principio estoico de que tenemos el deber de morir y hemos de aprender a desaparecer. Mínimos acontecimientos cotidianos, siempre vinculados a la intimidad doméstica y a la tarea social de asistir a madres solteras, le permiten ir tejiendo ese inesperado proceso de aprendizaje del tiempo que es una de las tantas maneras de intentar una definición de la vida.

Claudio Magris, que fue el marido de Madieri, redacta un posfacio donde examina la obra de la autora como cuentista, además de situar el diario en el contexto de una época.

Debe retacear sus reacciones sentimentales, aunque no dejar de declararlas, por un elemental gesto de respeto al lector.

Madieri es una narradora sutil y serena, que domina los pequeños matices, apaga todo patetismo, enciende una elegante sensualidad ante el paisaje, reflexiona sobre su condición de individuo y mujer, sin caer en la fácil insinuación de proclamarse género femenino. El agua verde del título aporta un doble simbolismo: el curso inexorable de los días y la verdura perenne de la vida que insiste en permanecer y renovarse.

La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo, *Richard Sennett, Traducción de Daniel Najmías, Anagrama, Barcelona, 2000, 188 pp.*

Cualquier norteamericano que empieza a trabajar tiene ante sí la posibilidad estadística de cambiar once veces de trabajo en cuarenta años, y de ser recalificado tres veces. Ocupado en empresas que no son ya pirámides sino redes, sus tareas serán difusas. Integrará unos grupos inestables, con los que lo ligarán vínculos de compromiso ni de esfuerzo ni de lealtad. La noción social de clase se esfumará en favor de la étnica. Buena parte de su tarea la cumplirá en casa. El empleador

estará concentrado pero no centralizado, y no se hará cargo de sus empleados, a los que tratará como vagos consultores.

Los trabajadores actuales son tolerantes y obedientes; prefieren marcharse de la empresa antes que discutir. Su productividad es baja y sólo se compensa con la alta tecnología. Asumen riesgos, rejuvenecen ante el peligro, viven en una constante vulnerabilidad. Son libres pero de una libertad amoral, muy lejana de la reivindicativa de otros tiempos. En general, tienen una preparación universitaria que les valdrá en contados casos. Actúan como si no supieran quién los necesita ni quién cuida de ellos y viceversa. Sólo los atemoriza un tabú: el fracaso.

Con su prosa ágil e incisiva, alternando relato con encuesta y reflexión, Sennett apunta a diseñar el vago modelo antropológico contemporáneo a partir del privilegiado mundo imaginario del trabajo (acarreo, esfuerzo, castigo, productividad, modificación del mundo): el trabajo, de tan tecnificado, se ha vuelto incomprensible para el trabajador, ilegible, tan ilegible como el poder capitalista, que nos posee pero a la deriva. No hay ya destino compartido; en consecuencia, tampoco hay narración ni historia, sino apenas corto plazo. Se abre ante nosotros el gran tema moral y social: ¿cuál será la legitimidad de semejante mundo de relaciones que existen pero que se ignoran?

Introducción a la hermenéutica filosófica, Jean Grondin, Traducción de Ángela Ackermann Pilari, Herder, Barcelona, 2000, 269 pp.

En 1629 Dannhauer acuñó la palabra *hermenéutica* y abrió un ancho campo de reflexión que, en ciertas condiciones, abarca a todo el filosofar, ya que pensar es entender y entender es descifrar órdenes de palabras, o sea aplicar cierta hermenéutica. En la tradición del racionalismo y el positivismo, esta tarea era secundaria, porque la verdad se basaba en el método. Pero los críticos de esta postura señalan que hay verdad (e insensatez, todo hay que decirlo) también fuera del método. De tal manera, la hermenéutica no es el mero investigar lo que hay antes del decir, sino el decir mismo.

Grondin, seguidor y biógrafo de Gadamer, traza una hábil parábola que llega hasta su maestro a partir de las hermenéuticas clásicas (teológica y jurídica) pasando por el romanticismo y Nietzsche, para recuperar a Heidegger desde una perspectiva dialógica. La filosofía no se ocupa de proposiciones sino de un diálogo que parte de la escucha del otro, que siempre puede tener razón. Filosofar es aceptar la finitud que se encamina hacia el infinito donde habita la verdad única, absoluta e indecible. A partir de esta paradoja, filosofar es convivir: las distintas maneras de formular esa verdad que no se deja decir

configuran la plural universalidad de la disciplina.

La hermenéutica no pretende la objetividad de la ciencia ni se pierde en el relativismo de las perspectivas. Parte de y retorna a la existencia humana, que es entendimiento por la palabra, situada siempre en un contexto histórico. Es historia y consciencia de la historia, construcción y crítica del hacer en común. Y, si se quiere, elaboración de esa permanente sugestión de vida colectiva que seguimos denominando humanidad.

B. M.

Juanuelo o el hombre nuevo, Jesús Ferrero, Madrid, Alfaguara, 2000, 275 pp.

El siglo XXI ha llegado. Se caracteriza por una hipóstasis de los elementos pragmáticos y cientificistas de fines del anterior, donde la ciencia se posiciona frente a la cultura, cuando ambas deberían ser formas complementarias de búsqueda del progreso humano y la felicidad social. Se caracteriza también por el pragmatismo y por la relegación de lo espiritual (entiéndase cultura) al *guetto* de los amantes de estos placeres sofisticados, que estarán cada vez más aislados en una sociedad regida por la trivialización mediáti-

ca. También ha cambiado el concepto de literatura, pero no porque haya penetrado una nueva estética, sino por la apertura a un mercado masivo que ha transformado esta noción. Hoy la narrativa se ocupa más de la ficción que de los problemas de la realidad y el espíritu del hombre.

Pues bien, *Juanuelo* de Ferrero, escrito para un público selecto y exigente, dispuesto a ensoñarse en el tiempo transitorio de la lectura, nos introduce en un universo mágico, extraño, fascinante. En cierto modo me recuerda al ámbito de la novela de Antonio Ros de Olano *El doctor Lañuela*, editada en Madrid en 1863. La obra de Ferrero se ocupa de un mundo hermético, ambientada en el Toledo renacentista, y protagonizada por un homúnculo creado por un artista. A través de los sentimientos de este curioso personaje –Juanuelo– que se hace entrañable, se transparenta toda una reflexión del autor acerca de las cuestiones últimas de la existencia: la soledad y el conocimiento de sí mismo; el sentido de la vida, si lo tiene; la realidad de la muerte o la eternidad; la existencia del amor –como mentira o como afirmación verdadera de dos almas confabuladas–. Este perfecto autómatas es amado por muchas mujeres. De hecho, el universo femenino está constantemente presente en toda la obra. Los sentimientos humanos más profundos se exploran así a tra-